

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DE:

Toribio Esquivel Obregón

Sillón: 16

14 de agosto de 1941

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Alberto María Carreño

Dos Criterios Divergentes en la Apreciación de los Valores Humanos

Por: Toribio Esquivel Obregón

Señor Director de la Academia;
Señores Colegas,
Señoras y señores.

Distinción que mucho me obliga es la de haberme nombrado miembro de esta Academia, cuya misión es tan alta que consiste nada menos que en rehacer nuestro pasado, tal como deberá aparecer del estudio cuidadoso de los documentos abundantísimos que poseemos, y que hasta hoy las pasiones políticas, que todo lo alteran, han hecho que queden olvidados.

Pero si ya es mucho que se me llame a colaborar en tan noble tarea, tócame además la suerte de ocupar el sillón vacante por la muerte del señor Profesor don Miguel Salinas Alanís.

Para muchos la simple mención de este nombre no traerá a la memoria nada que corresponde a la grandeza de los méritos de aquel modesto y sabio profesor. Las plazas públicas nunca resonaron con el eco de tal nombre; apenas si en Cuernavaca, donde pasó la mayor parte de su vida haciendo el bien, una calle lo lleva, y aún es de temerse que el transeúnte no sepa nada de lo mucho que encierra, o hasta lo crea el de alguno de tantos héroes de encrucijada que, después de haber usurpado en vida muchas cosas, siguen después de muertos un lugar que no les corresponde.

Pero cuando se conoce la labor de aquel maestro, la pregunta angustiada que uno se formula es ¿por qué extraña y triste aberración estos valores orales que produce México están destinados a la penumbra primero, y a la oscuridad y al olvido después; en tanto que los nombres de reconocidos malhechores atruenan los vientos y asaltan las páginas de nuestra historia?

Don Miguel Salinas fue ante todo un filólogo; eso fue esencialmente; pero de esa esencia de su espiritualidad se derivaron, por lógico encadenamiento, sus otras aptitudes, su versación en la geografía y en la historia y su entusiasta patriotismo.

Es la filología la parte más científica, más profunda de la historia y la que le ha prestado servicios más positivos. Toda la arqueología fue juego de imaginación incontrolada mientras no vino en su ayuda el filólogo a conducirla por senderos firmes, a explicar el enlace primitivo de los pueblos,

su vida en las oscuridades de la prehistoria y la penosa peregrinación del hombre por el duro camino de sus primeras luchas contra la naturaleza.

El historiador, narrando las hazañas de los grandes hombres suele desviarse por la admiración hacia ellos o por el desprecio de sus contrarios, por los prejuicios sociales y aún, penoso es reconocerlo, por el deseo de conquistar bienes inmateriales o materiales, el filólogo, hurgando en los orígenes del habla humana por las raíces de una palabra, siguiéndola luego por sus cambios fonéticos, por las alteraciones de su significado a través de las edades y de las vicisitudes del alma de un pueblo, buscando en los miles de libros y documentos literarios las peripecias que ha sufrido el vocablo, descubre y nos revela, como resultado de su esfuerzo generalmente inapreciado, la biografía de esa palabra. Allí no hay pasión que ofusque, no hay esperanza utilitaria que desoriente, ni adulación que corrompa; no hay ni siquiera ambición de gloria, porque el filólogo sabe qué poco se aprecia su labor, y qué pocos son los que la conocen. Solamente hay el culto desinteresado de la ciencia.

Y como es el lenguaje el único medio que tenemos de penetrar en el pensamiento y en los afectos de los hombres, el filólogo, siguiendo la historia de las palabras, sorprende a la humanidad en actitudes descuidadas y a la luz insospechada de una especie de rayos cósmicos, para los cuales no hay senos impenetrables.

Si todo en el laboratorio del filólogo le hace aparecer la estrecha vinculación del pasado con el presente, y le hace ver el presente y el pasado lógicamente y necesariamente concluyendo en lo por venir, qué hay más natural que el filólogo sea un apasionado de la tradición, a la vez que un convencido conservador y un desinteresado patriota?

Para los que hayan leído la "Gramática Inductiva de la Lengua Española", la "Construcción y escritura de la Lengua Castellana", los "Ejercicios Lexicológicos" del Profesor Salinas, aprendido allí las minucias del lenguaje, y visto el amor con que aborda los temas, la paciencia con que los analiza, la dialéctica con que los desarrolla, nada tendrá ya de extraño el detalle meticuloso con que escribe y el escrúpulo con que se documenta el señor Salinas en sus "Datos para la Historia de Toluca" o en su biografía del señor Obispo don Francisco Plancarte y Navarrete. Cuando acude a sus recuerdos personales como en la entrada y permanencia de los emperadores Maximiliano y Carlota en Toluca, o en sus conversaciones con aquel ilustre prelado, nada deja en la sombra, no se conforma con saber el día en que pasa un acontecimiento, sino que ha de decirnos la hora, ha de describir los lugares como eran y las transformaciones que luego han sufrido.

Natural era que para uno de los actos, seguramente más solemnes de su vida, cual fue su recepción como miembro de esta Academia, hubiera escogido un tema en que a sus anchas podía desplegar su virtud de investigador minucioso y de narrador verídico, y eligió el del inventario de los "Bienes y Tributos del Marquesado del Valle de Oajaca", ya que, por otra parte, todo lo

que se relaciona con Cortés debió serle atractivo, no sólo como buen mexicano, sino como vecino largos años de Cuernavaca, ciudad saturada del recuerdo de aquel grande hombre, padre de la patria.

No hay para qué demostrar que lo que es objeto de nuestra vocación intelectual o artística se convierte en tesoro de nuestro espíritu y objeto de nuestro culto más espontáneo y fervoroso, y Salinas, por vocación filólogo, que estudiara con el potente microscopio de la lingüística el alma de nuestra raza, sintiera un grande amor a la misma, y ese amor a México lo hizo ver en el magisterio no un trabajo, sino una deleitación; no un ejemplo, sino un esparcimiento del alma; no un vínculo, sino una noble libertad de su espíritu. Por eso, apenas inferior a su labor filológica, está su obra histórica y geográfica, narradora no sólo de historias y biografías, sino de leyendas y paisajes; de cuanto vio y cuanto escuchó que sirviera para presentar las bellezas de México, del paisaje físico y moral de nuestra nación, que pudiera presentarse a los niños y jóvenes para crear en ellos el amor a la patria; y así se extasía describiéndonos "La Sacristía del Convento de San Francisco de Toluca" y la "Iglesia de la Santa Veracruz", y la "Plaza de los Mártires" todo de Toluca, y las "Historias y Paisajes Morelenses", y no contento con lo que él observa y escriba, juntó en su libro "Sitios Pintorescos de México" cuanto de hermoso se encontró escrito por otros de los lugares de nuestro país.

Y aquel hombre, cegado por el amor patrio y por su natural magnanimidad a todo lo que no fuera belleza física o moral de México, pasa en sus escritos por encima de todo lo pequeño, de las malas pasiones de que muchas veces debió ser víctima; no lo afectan o no quiere acordarse de los horrores y crímenes de las revoluciones; no sabe nada de ello; vive más allá de la política y sus vilezas, mora en la estratosfera intelectual, desde donde se puede contemplar la tierra sólo como un astro de los que adornan el firmamento, y sólo obedecen las leyes inmutables de la naturaleza.

Por eso, cuando, anciano ya, después de cincuenta años de magisterio, se le jubila, va de escuela en escuela de las que encuentra a su paso, pidiendo que lo dejen entrar, que le permitan dar una lección a los niños, como si pidiera una limosna para su alma de patriota, como aquellos franciscanos que vinieron a difundir la riqueza del evangelio y pedían limosna a las puertas de las chozas de los indios para sustentar sus cuerpos.

Sólo que yo, sin poderme elevar a tales alturas, debo consignar aquí un hecho vergonzoso, no para México, sino para nuestros gobiernos, y por fortuna se sabe que nuestros gobiernos no son México. Al retirarse aquél maestro de tres generaciones, aquél sabio y patriota, porque ya sus fuerzas lo abandonaban y se acercaba la muerte, el gobierno lo jubiló, asignándole para que vivieran él y su familia el jornal de cuatro pesos, sujeto a los descuentos por contribuciones. Menos que el jornal de un albañil.

(Para la cultura de nuestros gobernantes aquél hombre no valía más).

Por qué los hombres grandes por su saber, su abnegación y sus virtudes cívicas y domésticas valen tan poco en el México de nuestros días

Tal es la angustiosa pregunta que nos deja la vida del profesor Salinas, y así este sabio me lleva de la mano al tema de mi discurso inaugural ante esta docta Academia.

LOS VALORES NACIONALES

Para mi estudio sigo el método comparativo, fuente copiosísima del conocimiento científico.

La comparación es aquí tanto más fácil y fecunda cuanto mayor es el contraste que presentan los dos términos de la comparación.

No tenemos más que detenernos a las orillas del Río Bravo y observar uno y otro lado de esa marca no sólo internacional, sino interracial. En tanto que la semejanza de costumbres y de ideas en los pueblos hispanoamericanos, desde aquel río hasta la Patagonia, se impone a viajeros y observadores, al norte de aquella corriente se ve un mundo diferente: cambian el idioma, la religión, las costumbres, los sentimientos, los cultivos, la arquitectura, todas las manifestaciones de la vida social. Pueblos pequeños en que se tiene la manera de satisfacer las necesidades de una vida refinada; muebles, revistas, periódicos; objetos que inútilmente se buscarían en las pequeñas poblaciones o aún en las de cierta importancia del lado de Hispanoamérica, donde el *standard* de vida es más bajo, principalmente en los indios, que abundan allí y son considerados como elemento social.

Más allá de la frontera en los Estados Unidos, en las grandes ciudades; las casas particulares los establecimientos mercantiles y las escuelas y demás edificios públicos, presentan la suntuosidad y revelan la riqueza. Aquel hospital, se nos informa, costó tantos millones de dólares y fue costado por la filantropía de un riquísimo ciudadano. La universidad fue fundada con un donativo de otro opulento vecino y enriquecida después con nuevas y substanciosas aportaciones de otros millonarios. La biblioteca pública comenzó con tantos millones de dólares que otro creso ofrendó para el objeto y que otros acaudalados vecinos se han encargado de aumentar hasta convertirla en tesoro de ciencias, arte y literatura. Y lo mismo sucede con museos, galerías de arte, monumentos públicos y aún jardines y parques.

A cada momento ve uno suntuosos edificios para la educación, la beneficencia o el ornato, construidos a fuerza de millones donados por hombres millonarios, que saben que su donativo se empleará precisamente en el fin que ellos han querido; y los que allá vamos de nuestra América hispánica admiramos, y nos entristecemos al ver que de nuestro lado no se halla ahora tanta generosidad, y muchas veces lo que de igual a aquello tuvimos ha sido destruido en nombre del progreso, para ocultar fines menos confesables.

Cuando ha pasado nuestra sorpresa y se ha mitigado la tristeza ocasionada por nuestro atraso, comenzamos a observar que toda aquella generosidad es munificencia de millonarios, incalculable superabundancia de dólares. La caridad, la función filantrópica, más bien dicho, es una de las formas del lujo, es una refinada voluptuosidad. Cuando el hombre ha acumulado grandes riquezas y ya no puede obtener con el dinero más placeres, entonces se busca el más refinado de ser admirado por su generosidad. Ya no puede apetecer más comodidades, inútilmente multiplicaría el número de sus automóviles o compraría más alhajas y muebles preciosos; lo único que puede ya hacer es costear un edificio o fundar una institución que le produzca la admiración de sus contemporáneos y le asegure el recuerdo de su nombre entre los pósteros. Carnegie dejó en su testamento legado para los grandes hombres de su tiempo y una dotación para procurar la paz entre las naciones que, si no ha servido para ese fin, ha difundido el nombre del donante por todo el orbe.

Ante ese espectáculo de la cultura angloamericana yo preguntaba a personas versadas en la historia de ese país si no tenían algún caso en que la caridad asumiera la forma de sacrificio, en que el donante, diera, no dinero sobrante, sino dinero que a él le hacía falta para sus necesidades más apremiantes; no sólo dinero, pues hay otros medios de beneficiar a nuestros semejantes, sino vida de sacrificio, aceptación del dolor propio para evitar el dolor ajeno; algo que indique la simpatía con nuestros semejantes que nos hace insufrible el padecimiento ajeno y para aliviarlo nos damos todos en cuerpo y alma, y renunciamos a todas las riquezas para prodigamos en beneficio de los otros, no sólo para el pan del cuerpo, sino para el del espíritu.

Mi pregunta caía como una sorpresa. No, se me decía, nosotros no tenemos de eso. ¿Para qué ha de ser necesario que el hombre sufra para hacer el bien? Este es más completo si el beneficiante y el beneficiado lo disfrutan.

Como se ve mi pregunta no era entendida. Claro que el bien es más completo si nadie sufre; por supuesto que no deja de serlo porque el rico sólo se desprenda de las migajas que caen de su mesa; pero no se trata de eso, sino de saber si había hombres que no poseyendo dinero eran capaces de crear obra espiritual o tangible en beneficio de los otros hombres. Se trata de saber si había hombres cuyo valor moral equivaliera a todas aquellas riquezas materiales; si había hombres que amaran más a sus semejantes que a sus riquezas. Era el que yo planteaba un problema de valores humanos. ¿Quién vale más, el millonario que goza de gastar lo superfluo en hacer el bien, o el que hace bien entregándose todo, inclusive sus riquezas, si las tiene?

La contestación a esta pregunta determinará el criterio de valorización humana. En los Estados Unidos lo que vemos es la glorificación de la riqueza.

La glorificación de la pobreza libremente aceptada como un medio de servir a nuestros semejantes, es la base ideal de la cultura hispánica; el ideal

más alto de la cultura cristiana y de la virtud cívica, que pone al hombre por encima del dolor, cuando se trata del más alto deber de procurar la paz entre los hombres; y esa paz entre los hombres traerá por añadidura, la prosperidad material; pero sólo por añadidura.

Era el catolicismo, que arraigó en España desde los primeros siglos de la cristiandad, para no dejarla ya nunca, para servirle de guía e inspiración en su historia y energía en sus decisiones. Era el catolicismo español el que había hecho retroceder al musulmán a sus confines de África y Oriente y librado para siempre a Europa de la dominación de Mahoma. Y era el catolicismo y diez siglos de historia los que, al descubrirse América harían aparecer el Nuevo Mundo a los ojos de los reyes y del pueblo de España como un problema de cruzada.

Claro está que las nuevas tierras, abundantes en todos los tesoros, habían de tentar la codicia del pueblo y de los reyes; si al fin eran hombres; pero el cruzado que en cada español había, reprobaba lo que hacía el codicioso que abrigaba el mismo cuerpo.

Es decir que el español en su labor colonizadora delinquía y pecaba; pero llevaba en sí una conciencia que le decía: "Eres malo".

Allí está la fundamental diferencia entre el conquistador sajón y el conquistador español. Aquél jamás mostró un remordimiento ni se sintió pecador por el aniquilamiento de los indios; al contrario, en las casas de los puritanos y de los cuáqueros, se lucían como trofeos enorgullecidos los cueros cabelludos arrancados a los nativos.

La voz acusadora de Montesinos, de Las Casas, de Vitoria, de Zumárraga y de tantos otros que clamaron contra el mal tratamiento de los indios, no se levantó nunca entre los anglosajones, ni podía levantarse, porque no tenían la conciencia del pecado se creían buenos.

Era la conciencia del pecado la voz que se dejaba oír en el alma del más cruel de los conquistadores españoles, lo que al fin los humillaba ante sí mismos y le imponía la necesidad de la reparación, aunque fuera a la hora de la muerte. Cuando Francisco Pizarro, el férreo conquistador del Perú, cargado de culpas, se vió atacado por sus enemigos y herido de muerte por ellos, soltó la espada, se olvidó de sus asesinos y tomando en sus manos su propia sangre que salía de la herida, trazó con ella en el suelo una cruz, y expiró besándola.

Es la conciencia del pecado lo que nos hace humanos y tolerantes y misericordiosos con los hombres; y no hay nada que nos aparte más de nuestros semejantes que la creencia en nuestra perfección.

Cuando en el consejo de los reyes disputan acusadores y defensores del español indiano, Las Casas es el más exaltado exponente de la acusación, y Juan Ginés de Sepúlveda el más sabio de los defensores. El Consejo de Indias deja circular ampliamente las obras de Las Casas y prohíbe que se

traigan a Indias las de Sepúlveda, porque era necesario que el español sintiera sólo el peso de su pecado y no esperara su remisión sino del Supremo Juez.

Si tomamos como tipo del conquistador español, al que fue el más alto exponente entre nosotros del ideal a la vez práctico y espiritual de la dominación española, a Hernán Cortés, nada más ilustrativo que su testamento, en que arregla sus cuentas con Dios y con los hombres. Es tal documento un inventario de bienes y de deudas; cada partida un recuerdo de los actos de aquella vida multiforme, en que aparecen sucesivamente la piedad del hijo, el amor del padre, la grandeza del héroe, la lealtad del vasallo, y hasta la habilidad del hombre de negocios; pero todo ello es solamente un marco que encierra la contrición del pecador, la certidumbre a veces del pecado, a veces la duda atormentadora de si se ha hecho bien o mal. "yten mando, dice la cláusula XXXVIII de ese testamento, que porque después que su majestad me hizo la merced de las villas y lugares de tierras de mi estado, que yo tengo y poseo y me pertenecen en la nueva españa, con las Rentas pechos de derechos y tributos y contribuciones pertenecientes a su majestad, según y como los señores de las tierras dichas las solían llevar, Antes de ser la tierra conquistada e yo puse la diligencia que me fue posible en averiguar las dichas rentas e tributos, pechos y derechos e contribuciones que los señores naturales de la dicha tierra Antiguamente solían llevar e puse toda la diligencia para ver los padrones antiguos por donde los dichos tributos y rentas se solían cobrar e pagar y conformes aquellos, he lleuado las dichas Rentas y tributos hasta el día de hoy, mando que si en algún tiempo se averiguare, que yo en cualquiera manera cosa y parte de los susodicho fuy mal ynformado y alguna cosa he lleuado que no me perteneciese de que yo hasta el día de hoy, no e tenido noticia, pero si pareciere aquello leuado mando que se restituya A las personas a quien de derecho perteneciere o a sus herederos y sucesores y cualquiera agravio que en esto aya se deshaga por lo pasado y por lo porvenir comoquiera que como esta dicho yo no e podido alcanzar ni saber hasta ahora que se aya leuado cosa yndeuida deuda y sobre esto encargo la conciencia del dicho Don Martín mi hijo y a los que fueren sucesores de mi estado."

El español venía a las Indias en busca de riquezas, como casi todos los que emigran voluntariamente de su patria; pero sabía que la riqueza no era el ideal cristiano; que la riqueza era una concupiscencia que necesitaba el perdón; que sólo la pobreza, la suprema renunciación de los bienes, del lujo y de las comodidades de la vida en bien de nuestros semejantes era un título a los ojos de Dios.

El más grande de los españoles del renacimiento, el cardenal Cisneros, al ser llamado para ser confesor de la reina Isabel, puso por condición para aceptar el cargo que no había de ser retribuido, que él viviría en un convento de su orden, y cuando la corte se hallara en un lugar donde no hubiera convento franciscano se le dejara mendigar sus alimentos de puerta en

puerta, según la regla de su orden. Cisneros llegó a regir el reino, y con su voluntad de hierro emprendió la reforma del clero español sobre la base de hacerlo volver a la sencillez de vida cristiana, y para los de su orden a cumplir con los preceptos del fundador de Asís, la abolición de la estameña por el áspero sayal y la descalces, porque sólo en la renuncia de todos los bienes está el ánimo expedito para procurar el bien de los demás.

Era la glorificación de la pobreza; pero de aquella que es efecto no de la pereza, la disipación o la ineptitud, sino de la actividad despierta del alma para la salud de los otros.

Con esas enseñanzas vinieron a México no sólo los frailes, sino los conquistadores y aún los comerciantes; unos las pondrían en práctica; los más las olvidaban; pero todos las llevaban en el fondo del alma.

Alguien ha dicho que es en el ensueño donde se da a conocer el hombre; si pudiéramos conocer la ensoñación de cada uno y de la mayoría de los hombres de un pueblo, nos explicaríamos la variedad que presenta la vida de cada nación.

Cuál era el ensueño del puritano, del cuáquero, del aventurero o del penitenciado que venía a poblar las costas septentrionales del Atlántico en nuestro continente, y cuál era el del católico que pisaba las costas del Golfo de México?

Seguramente eran muy diversos. Seguramente Cortés y los que con él vinieron traían el propósito de lucro; pero Cortés puso en peligro sus tesoros cuando se lanzaba imprudentemente en la faena del cruzado, y si ambicionó y acumuló riquezas, no encontraba mejor inversión de las mismas que ensanchar los dominios de la cristianidad y de la corona de Castilla; y gastaba lo propio y contraía deudas para ir por tierra buscando Cíbola y Quivira, y preparar por mar la conquista del Catai y de las islas especieras.

Pero tras del conquistador de la tierra vinieron luego los conquistadores de almas, los mendicantes Gante, Tecto, y Aora, que dejaban, unos los esplendores de la corte y las oportunidades del parentesco con el César; otros los aplausos de las universidades para venir en la pobreza, sin cuidarse del alimento de mañana, a salvar a los indios para la cultura cristiana.

Después llegan los doce franciscanos acaudillados por Fray Martín de Valencia, ejemplos de pobreza, contraste de vanidades guerreras, andrajosos y descalzos. Los indios, hechos a las exterioridades fastuosas de Moctezuma y sus guerreros, de conquistadores y aventureros, debieron sentir desprecio y repugnancia por aquellos frailes inermes y mustios; pero grande debió ser su sorpresa al ver al gran Cortés, al vencedor del imperio de Anáhuac, hincar la rodilla para besar humilde y reverente el sayal sucio y destrozado de los recién venidos.

Era la primera lección objetiva que, recibían del culto a la pobreza, de la superioridad del sacrificio y la negación de los placeres, sobre el brillo de las armas y las alhajas; del espíritu sobre la materia. Y como los indios exteriorizaban su pensamiento con palabra despectiva de su idioma, uno de aquellos frailes, el que más se había de distinguir por la riqueza de su alma, tomó aquella palabra por su nombre propio, y así el que viniera de España con el nombre de Fray Toribio de Benavente, había de pasar a la historia con el desde entonces inmortal de Fray Toribio Motolinia.

Así quedaba santificada la pobreza.

Bernal Díaz del Castillo, en su admirable crónica, cuando quiso mostrarnos cómo entre los conquistadores del Anáhuac vinieron hombres de gran temple moral, nos da una lista de los que, después de haber triunfado y de haber sido premiados con ricas encomiendas, renunciaron a todo, vistieron el sayal del fraile, y fueron a predicar el evangelio el amor y de la abnegación entre aquellos a quienes antes hicieran frente con las armas.

Célebre en la historia universal es la retirada de aquellos diez mil griegos, resto del ejército derrotado de Darío el Joven que atravesaron reinos y desiertos, abriéndose paso por entre pueblos enemigos hasta llegar por fin a su patria, después de veinte lunas de padecimientos soportados con heroico valor. Aquella retirada, encomiada por los historiadores, debe gran parte de su fama al hecho de que fue Xenofonte, uno de los escritores inmortales de Grecia el que escribió la narración de aquel suceso. Pero ¿qué comparación puede guardar el célebre *anabasis* e aquellos diez mil soldados con el viaje de Álvaro Núñez Cabeza de Baca y sus dos compañeros, atravesando de oriente a poniente, desde Florida hasta Sonora, el continente Americano en el siglo XVI, a pie, descalzos; a veces entre tribus salvajes antropófagas; a veces entre desiertos, más temibles que la crueldad de los hombres, y llegar, no después de veinte lunas, sino de diez años, a las playas occidentales de la Nueva España y encontrar las primeras colonias españolas? La historia universal no tiene nada que parangonar a semejante hazaña; pero no quedó allí, sino que, como si la pobreza y la miseria y los sufrimientos y peligros de diez años no hubieran dejado huella alguna en el ánimo de aquel héroe, fue a celebrar con el rey capitulaciones para conquistar el reino del Río de la Plata, empresa en que otros habían fracasado y en que él mismo había de fracasar; pero la grandeza del alma española estaba en el desprecio de la materia y en la exaltación de la idea.

Si célebre fue aquel hombre por haber recorrido así el continente americano de oriente a poniente en su mayor anchura, otro lo fue no menos por haber recorrido de sur a norte una extensión aún mayor, igualmente a pie y descalzo, desde Guatemala hasta los últimos confines conocidos de Tejas, movido, no ya por el impulso de la aventura o por afanes temporales, sino por el único deseo de llevar a las tribus salvajes los consuelos del cristianismo y el precepto de amarse los unos a los otros. Ya por esta breve referencia todo mexicano que conozca algo la historia de su país sabrá que me refiero a aquel espejo de caridad que se llama Fray Antonio Margil de Jesús. Su

memoria, tal vez hoy ofuscada entre el desbordamiento de los instintos brutales, despertados en nuestro pueblo por doctrinas negadoras de la cultura, se conservaba aún entre las gentes del campo no ha mucho tiempo; yo escuché todavía a los labradores al salir por la mañana a su trabajo cantar el alabado, y cantarlo también cuando acompañaban a alguno de sus muertos a esta última morada. Y aquel canto, decían ellos, había sido llevado entre ellos hacía dos siglos por el padre descalzo, cuya gloria iba acompañada con el recuerdo de su pobreza evangélica.

Hay una parte de la historia de nuestro país, que los historiadores generalmente desdeñan, y que, sin embargo, es la más noble, la más grande que pueda presentar América, la más propia para devolvernos la alta estimación de nuestra raza, para sacarnos de ese marasmo del desprecio de lo nuestro, que ha sido el fruto necesario de esa época de degradación que fue nuestro siglo XIX. Me refiero a la historia de las misiones en nuestro suelo.

La narración de Fray Marcos de Niza de la grandeza de los reinos de Cibola y Quivira, aunque carente de las exageraciones con que la imaginación de sus contemporáneos la adornaron, estimuló para las más temerarias empresas de exploración en lo que fuera parte de la Nueva España y hoy son los estados de Nuevo México y Tejas de la Unión angloamericana. El 22 de febrero de 1540 pasaban revista ante el virrey Mendoza Francisco Vázquez Coronado y sus valientes compañeros: una brillante comitiva de jóvenes montados en hermosos corceles, con capas lujosas que casi les llegaban hasta el suelo, empujando cada uno de ellos una lanza erguida hacia el cielo, colgando del cinto la espada y la daga, brillando a los rayos del sol tropical las cotas de malla, los almetes y los dorados escudos que ostentaban las armas de los caballeros. Haciendo contraste con tan brillante comitiva, tres frailes franciscanos, tres hermanos legos y tres indios *donados*, esperaban de pie, descalzos y pobremente cubiertos con el hábito de la orden. Uno de esos religiosos era Fray Juan de Padilla.

Marchó todo el conjunto hacia el Norte, en busca del ensueño de oro, menos los frailes que iban en busca de almas que salvar para la religión de Cristo.

Sabido es que el ensueño de oro se convirtió en triste realidad, que fatigados de la lucha con los salvajes, más bravíos que los que hasta entonces se habían encontrado, y perdidos en enormes desiertos, sin que en ninguna parte aparecieran vetas de los metales codiciados, Coronado y sus guerreros retrocedieron derrotados, y aquella columna brillante que pasara revista ante el virrey llena de orgullo, volvió con sus armaduras abolladas, con sus ropajes sucios y destrozados y los rostros mustios y enflaquecidos por el hambre y la fatiga. Pero no volvieron los frailes pobres y descalzos, ni los indios donados, porque ellos se quedaron allá pues habían encontrado lo que habían ido a

buscar: almas oscurecidas por la más inhumana barbarie; mientras más cruel e inhumana, más para ellos rico tesoro que conquistar para la civilización cristiana. Ellos volvieron al desierto, a ganar con la cruz y con el amor lo que otros no consiguieron con la espada y la guerra. El éxito, sin embargo, no vino en la forma que se hubiera deseado por el gobierno virreinal, pues los indios atacaron a aquel grupo de audaces luchadores de la religión, y cuando Fray Juan vio que la muerte era inevitable, ordenó a sus compañeros con el imperio de un capitán a sus soldados: "Sálvense ustedes, corran, mientras los indios se entretienen en matarme". Avanzó sólo y encontró el martirio. Fue sangre nuestra la primera que consagró la tierra de Tejas para la civilización cristiana. Y el nombre de aquel héroe no ha sido inscrito en ningún monumento; no ha sido honrado en las historias que se enseñan a nuestra juventud, no resuena en los oídos de los niños para enseñarles a venerar a nuestra raza y levantar su espíritu. Castañeda lo conserva en su historia del catolicismo en Tejas, y yo he querido consagrarle este recuerdo, como una hoja de palma.

Si su espíritu no hubiera sido templado por el abandono de todas las cosas que deleitan al cuerpo, no habría osado penetrar en aquellos desiertos de donde otros huían por miedo al dolor, ni hubiera sido capaz del último abandono, el de su propia vida por salvar las de los demás.

Fueron después allá milicias y colonos y misiones, y se establecieron pueblos y comenzó la vida culta y la tierra comenzaba a dar sus primeros frutos y los ganados a reproducirse; pero una oleada de salvajes, congregados en odio al extranjero se arrojó sobre las nuevas fundaciones, y soldados y autoridades y vecinos huyeron a lugares seguros, y nadie quiso volver a aquellas tierras inhospitalarias sólo tres franciscanos, desoyendo las amonestaciones de la prudencia, se atrevieron a emprender la pacificación de las tribus sin más armas que la caridad, ni más apoyo que la fe en el milagro. Donde las armas y el dinero eran inútiles, sólo se tenía confianza en la pobreza y la abnegación. Eran aquellos temerarios Fray Francisco Peñasco, Fray Juan Larios y Fray Manuel de la Cruz. Este último nacido en México. Los indios eran a la sazón azotados por la viruela que hacía terribles estragos. En aquella época aún no se conocía la vacuna ni había nacido Jenner; el peligro de muerte era igual para todos; pero los frailes que no habían temido las flechas envenenadas de los salvajes, tampoco se arredraron por los dardos de la peste, y se mezclaron entre los indios apestados llevándoles el consuelo que podían y ministrándoles el bautismo, e iban así, como sombras milagrosas, con sus hábitos raídos hasta las rodillas, con los pies y las piernas sangrando por las piedras y las zarzas que despedazaban sus carnes, y, fieles a los preceptos de su orden, pedían su alimento de puerta en puerta entre las chozas de aquellos mismos indios a quienes nadie osaba acercarse, y que, en su miseria sólo les daban raíces y hojas de mezcal, y todavía el lego de la Cruz avanzaba solo más allá, en busca de los indios

rebeldes, y día y noche, por entre aquellas tierras sin caminos, sin sombra y sin piedad.

Y sería imposible narrar aquí los centenares de casos en que aquellos y otros muchos hombres revelaron el valor heroico, la ardiente caridad, la abnegación más absoluta para difundir la cultura y salvar las almas, ni siquiera podría caber aquí la lista de los hombres que regaron con su sudor y con su sangre aquellas tierras. Y cómo podría explicarse la labor desarrollada en el Nayarit, en las Pimerías, en Nuevo México, Texas y las Californias por hombres que ante todo no hubieran hecho voto de renunciar a todo lo que hiciera agradable la existencia y aceptaran definitivamente el consorcio de por vida con la pobreza.

Cuando alguna vez he pasado por Texas, Arizona y Nuevo México, me ha parecido escuchar, más allá del ruido de las locomotoras y de las máquinas, el eco de las pisadas de aquellos héroes que pusieron allí los difíciles cimientos del cristianismo, y por encima de las soberbias construcciones obra de los millones, he buscado la sombra de nuestros mártires, más grandes aún por su pobreza. Aquella tierra, extraña hoy por los azares de la política, sigue siendo mexicana por el recuerdo de las grandes virtudes de los nuestros.

¿Quién puede dudar de la influencia que sobre el futuro de las cosas tiene su principio? En éste se encuentran los tributos que luego se desarrollarán, como en la semilla se encuentran ya las ramas del árbol. Así lo entendió sin duda el gran monarca que regía los destinos de España cuando Cortés comenzaba aquí su construcción nacional, y así pensó para el primer obispo de la nueva Tenochtitlán en Fray Juan de Zumárraga; y vino éste, y lo recibió la tierra con los dones tentadores de su opulencia, y fué dueño de estancias y de huertas, de ganados y frutos; pero el tosco sayal del franciscano pronto lo trajo a la senda de su instituto, y lo vendió todo para obras piadosas, para el órgano y las alhajas de su catedral, y dio sus rentas a los menesterosos, y como su liberad no tenía por límite ni el de sus recursos, su administrador, que era rico, cumplía los donativos de su bolsa, edificado por la virtud de su señor, y cumplió, después de que murió éste sus legados, legados que dejó sólo por su confianza en una Providencia Divina, aquél que en su última carta a Carlos V le decía: "Muerdo muy pobre ; pero muy contento".

Aún queda, entre las pocas obras que quedan de las miles que en un tiempo atestiguaron nuestra grandeza, un acueducto, que de cuarenta kilómetros de distancia trae el agua a los pueblos de Otumba y de Zempoala. No lo labraron gobiernos ni acaudalados señores, sino un fraile que no tenía donde reposar la cabeza; pero sabía que la fe y el amor mueven las montañas. Con aquella perseveró año tras año, y con éste enardeció a los indios que le ayudaran en la empresa Era aquel fraile el siglo XVI, que merece la gratitud de todos los

venideros, Fray Francisco de Tembleque, y dice de él Mendieta que "viendo que toda aquella provincia carecía de agua y que la de las balsas llovedizas, con que en su fidelidad se sustentaron los indios, se las encenegaban los españoles con sus ganados y bestias, de suerte que ya bebían cieno y lodo en lugar agua, de que iban enfermando y muriendo mucha gente, condoliese en la extrema necesidad de los pobres, puso haldas en cinta, determinando acometer una hazaña, que grandes y poderosos reyes apenas se atrevieran a salir con ella. Duró dieciséis o más años en esta obra, teniendo echas contradicciones para ella no sólo de seglares, más también de los frailes que se lo atribuían a temeridad, y decían que consumiría a los indios de aquellas provincias con el trabajo, y al cabo no saldría con la empresa. Empero el salió con ella y proveyó de muy escogida agua a la provincia de Otumba y a la de Zempoala.

Y al visitar el propio Mendieta al autor de aquella obra maestra de ingeniería, encontró que se hospedaba en una habitación con piso de tierra, sin más que unas tablas sobre bancos, a guisa de cama, un ventanillo sin puertas por donde se colaba el aire sin obstáculo, una mesa con tres libros, dos bancos, y por único adorno una cruz de palo.

Y era necesario que Mendieta se detuviera a describirnos aquella pobreza, porque es ella la que da todo su valor a la obra que había de prodigar la riqueza de su líquido entre dos pueblos a través de los siglos.

Inútilmente, yo creo, se buscaría en toda la extensión del continente Americano, una figura que pudiera compararse con la de aquel varón insigne, a quien por suerte tocó crear un pueblo y modelar una sociedad con ideales que sólo habían podido imaginar Platón, San Agustín, Campanella y More; claro está que me refiero al ilustre oidor de la audiencia de Nueva España y después primer obispo de Michoacán, don Vasco de Quiroga. Jurisconsulto en ambos derechos, estadista, filósofo; pero, sobre todo cristiano, lleno de caridad para los miserables, unió a esas cualidades una actividad incansable, con lo que llegó a ser el padre del pueblo michoacano y el honor de la Iglesia y de su raza.

No necesito extenderme en el detalle de su maravillosa labor, ni detallar la creación de sus célebres *hospitales*, pues agraviaría a mis oyentes si creyera decirles algo que ellos no supieran; pero a mi intento cabe observar que, formado juicio de residencia contra Quiroga, apareció contra él una acusación ¿quién lo creyera? precisamente por la obra que más honra para él y más bien para su pueblo produjera: la fundación de los *hospitales*. Y se presentaron a declarar no menos de treinta y nueve testigos de descargo, que declararon que don Vasco había gastado su dinero en dar a los indios comida y vestido, hacerles casas y comprarles tierras para sembrar y libros para leer, y construirles iglesias y dotarles de ornamentos, y enseñarlos a cantar, que era el primer paso para dulcificar sus costumbres, y que con todo ello había gastado su dinero y no tenía un pan que comer.

¿Qué mayor superación puede haber, que mayor prueba del poder de la voluntad, de predominio del yo superior humano sobre todo lo que es extraño a sí mismo; qué mayor independencia y soberanía que la negación de todo poder a las cosas para alterar los dictados del espíritu guiado por un ideal, que imponerse como condición y regla de vida la pobreza con finalidad de amor a nuestros semejantes?

Pero, se me dirá, aquellos hombres fueron siempre una excepción heroica; al lado de los educadores, de los misioneros y de los mártires venían, y en mucho mayor número los guerreros crueles que torturaban, los mineros que agotaban la vida de los indios, los gobernantes ávidos de oro y los comerciantes que robaban abusando de la ignorancia de los conquistados. Todo eso es verdad; pero ya es mucho que entre las primeras figuras y tan elevados ejemplos de virtud; más lo que es típico nuestro, lo que nos distingue del pueblo del Norte, es que si la pobreza filantrópica era la práctica de un grupo solamente, aunque numeroso, era el ideal de todos; unos lo alcanzaban, otros no; pero los que se quedaban atrás reconocían su pecado y reverenciaban a los que llegaban a practicarlo como santos o como héroes.

Por eso vimos a Hernán Cortés hincado de rodillas y besando humilde los harapos de Fray Martín de Valencia.

Por eso Cristóbal de Oñate, compañero del feroz Nuño de Guzmán, con lo que dicho está que debió cargar tremendas culpas, funda a Zacatecas, se entrega al laborío de las minas, se hace rico, y entonces no piensa en ostentaciones y lujos; recuerda sus pecados y aspira a emplear sus riquezas en hacérselos perdonar; coloca en lo más alto de su casa una gran campana, con la cual llama al medio día, por el resto de su vida, a todos los pobres hasta donde se escucharan las vibraciones del metal, a que vengan con él a sentarse a la mesa.

Y don Manuel Caballero y Ossio, tras de dotar con sus riquezas templos y misiones, hospitales y colegios; tras de pedir a los médicos y vecinos le den noticia de donde hubiera una miseria que amparar, acaba por desprenderse de todos sus bienes, conservando tan sólo un crucifijo.

El virrey Bucareli, al sentir que llegaba su última hora, baja de su lecho suntuoso para tenderse en un petate para con ese postrer reconocimiento de la suprema negación, comparecer ante Dios y obtener el perdón de sus culpas, que no debieron ser muchas las de aquel grande hombre.

De manera que la riqueza, que es el éxito en los negocios mundanos, aparece más bien como algo que hay que hacerse perdonar, y la pobreza diligente y caritativa, que muchas veces el mundo califica de fracaso, era un ideal de perfección.

Ahora, si quisiéramos profundizar en la causa de esa diferencia de criterios en la valorización humana, entre anglosajones y españoles, la encontraríamos quizá en las doctrinas de ambos pueblos en España el catolicismo, que es el que ha modelado el alma del pueblo, afirma que el premio o el castigo que merezca

nuestra conducta no está en esta vida, sino en la eterna, que la riqueza puede ser y con frecuencia es compañera y consecuencia de una vida reprobable, y la desgracia suele no ser sino una prueba más para el hombre de bien; y que para salvarnos no basta con la fe, sino que deben acompañarla las obras. El protestantismo, al contrario, supone que el hombre se salva por la fe, independientemente de las obras; el premio o el castigo que éstas merezcan se obtiene en esta vida, y en consecuencia, el éxito mundanal y económico es la mejor santificación de la conducta. Por eso allá de nada se puede hablar que esté más alto que los millones; y por eso acá no podemos oponer otra grandeza que la de un regimiento de héroes y mártires descalzos.

Y surge entonces, y surgirá en el ánimo de mis oyentes la terrible y decisiva interrogación: ¿Puede un pueblo sobrevivir y triunfar con los ideales de Zumárraga, de Quiroga, de Oñate, de Sáyago, de Kino y Salvatierra?

Cada época tiene su tipo de valor humano; en tiempo de Platón era el oplita que defendía la santidad de las murallas de la ciudad y los altares de los dioses y los sepulcros de los padres; en tiempos de San Pablo era el mártir cristiano, testigo con su sangre de la superioridad del evangelio; en los de Godofredo era el cruzado que emprende el viaje a Tierra Santa a rescatar del poder del Islam el sepulcro de Cristo; en los de Miguel Ángel era el sabio y el artista, que buscaban en la ciencia y en el sentir de la antigüedad clásica la solución de los problemas políticos y morales, y ahora en los tiempos actuales de mayor capacidad para encerrar en una máquina lo mismo el poder de producción en masas que dominan toda competencia, que la destrucción en masa que decida la victoria.

¿Cómo es que en estos tiempos, con semejantes ideales de lucha en todas partes, de unas naciones con otras en el exterior y de las clases sociales unas contra otras en el interior de cada nación, traemos a la memoria tendencias extrañas a lo actual y tan nulas para las modernas actividades?

Habría que renegar de toda fe en los destinos humanos, de toda esperanza de concordia y supervivencia de nuestra especie, si creyéramos que el criterio actual es y será permanente. Y creo que será muy ciego el que no pueda ver un poco más allá del momento actual como despunta la protesta contra la posterga de los valores morales; pero si debiera yo justificarme por mi aparente anacronismo, el propio México me proporcionaría el argumento de defensa; y no sólo, sino que México puede ser ante el mundo entero la prueba palpable de la superioridad del criterio moral en la apreciación de los valores humanos.

Basta conocer un poco nuestra historia y apreciar sus hechos sin prejuicio para ver que en aquella época, que muchos tildan de quietud y de misticismo, en que, como decía un escritor, la vida se arreglaba por el son de las campanas de la más próxima iglesia, era también la época en que México era el país más rico de América y uno de los más ricos del mundo. Nos parece hoy increíble

que no solamente estaba nivelado el presupuesto del reino, sino que de aquí salía el dinero, que con el nombre de *situados*, iba a cubrir el déficit de la Habana, Puerto Rico, Santo Domingo, Trinidad, La Florida, Luisiana, Islas Marianas, Filipinas, y mandar España más de seis millones anuales. Era la época en que existían en México los capitales conceptuados de los más grandes del mundo; en que construían los riquísimos templos y edificios que después hemos sido incapaces no digo de aumentar, pero ni siquiera de conservar. Era la época en que los metales preciosos de nuestras minas pertenecían a los Mexicanos que iban a derramar por el mundo la fama de nuestra prosperidad y, finalmente, era la época en que los trabajadores y los indios gozaron de bienestar que luego, por haberlos arruinado y reducido a la mayor miseria hemos dado en creer que ahora, que destruimos el patrimonio moral que a fuerza de sacrificios sin cuenta se les había formado, es cuando por primera vez se les atiende.

¿Era una simple coincidencia de la riqueza de Nueva España y del criterio moral para la estimación de los valores? Nada de eso, fue un fenómeno de causa y efecto claramente demostrable. El rico se sentía obligado hacia el pobre con deber religioso que lo hacía sentirse pecador por no ayudarlo; el pobre se sentía elevado al ministrar al rico la ocasión de la caridad, y al sentirse próximo al tipo ideal creado por el abandono de las cosas terrestres. Aún mi generación recuerda que el pobre al pedir limosna lo hacía invocando el amor de Dios, y el rico, si la negaba, tenía que pedir al pobre lo perdonara por amor de Dios. El Estado basaba su derecho, no en la fuerza de las armas, no en la labor de descubrimientos, ni en pactos de validez dudosa con los salvajes, sino en el deber de cruzado de difundir la cultura cristiana, y para ello reposaba en la Iglesia; y la Iglesia, para la propagación de la fe tenía que contar con el brazo y la organización del Estado.

De esa manera Nueva España era una inmensa sociedad cooperativa; no sólo eran los cimientos de la nación obra exclusiva de la cooperación voluntaria de los súbditos y de la corona; no sólo fue Hernán Cortés con sus compañeros el que conquistaba estas tierras para su rey, quedando al pendiente de lo que después su rey quisiera darle; sino todo el avance hacia el norte y hacia el sur, hacia el oriente y occidente fueron labor del mismo espíritu de cooperación; la corona esperándolo todo de la abnegación de sus súbditos y llevando nota de méritos y servicios para premiarlos con una parte mínima de los beneficios pecuniarios, o quizá, cuando el servicio era heroico, con un título de nobleza, más apreciado aún que la encomienda y el empleo.

Y así cooperando todos voluntariamente, en la mayor armonía, se produjo esa quietud que se critica, y que no era sino la paz que nacía del fondo de los corazones, y se produjo esa riqueza que asombraba a los extraños.

Modifiquemos ese orden de cosas; establezcamos como criterio de apreciación de los hombres el éxito pecuniario, militar o político; hagamos abstracción de toda finalidad ultraterrestre en esa apreciación, y separaremos

en el acto la fuerza moral y la material, dejando a ésta sola la dirección del Estado, y lógicamente por la fuerza expansiva del poder, habremos creado el antagonismo entre la Iglesia y el Estado, entre el rico y el pobre, entre el ciudadano y el gobierno, entre una y otra clases de la sociedad, y al desaparecer la quietud, desaparece también la riqueza, y al venir la revolución, nos vemos en la necesidad de mendigar el dinero extraño, aunque sabemos que viene siempre excluyendo al mexicano y para su mayor empobrecimiento.

En el fondo lo único que se ha hecho es cambiar nuestro criterio para la apreciación de los valores humanos; despreciamos a los que prescinden de todo en bien de los demás, y tributamos nuestro culto y nuestros mayores encomios al hombre que supo, aun a costa de sangre y de empobrecimiento de los otros, hacerse poderoso y rico, aunque haya llevado una vida de desorden y de vicio. Y no es que ahora nos falten los valores morales; si no temiera ofender su modestia y desnaturalizar este discurso, me complacería en referir hechos heroicos de sacrificio, modelos de virtudes que imitar; lo que sucede es que esos valores están hoy apocados y oscurecidos porque el criterio del éxito material domina las conciencias de las muchedumbres, que impiden con su aplauso inmediato que se escuche la voz que hoy por hoy, clama en el desierto.

Yo perdono a los enemigos de México que nos hayan hecho abandonar nuestras instituciones políticas y legales, nacidas bajo la inspiración de nuestros hechos y de nuestras necesidades; pero lo que no puedo perdonarles es que nos hayan importado un distinto criterio de valores humanos, y creo del deber de todo mexicano instruido realmente en la historia de nuestro país, trabajar por devolver a nuestro pueblo la conciencia de sí mismo, la apreciación de las fuerzas que crearan a nuestra nación y la hicieran grande y próspera.

Hoy que el mundo entero presencia una lucha cruel como ninguna de la historia, se ve despuntar en medio del ensordecedor fragor de las batallas, y por encima de los cadáveres y de las ruinas sembradas por las máquinas destructoras, la idea cristiana de que no es buscando la comodidad y el lujo como se llega al engrandecimiento de las naciones, ni como puede llegar a conquistarse la paz y la buena voluntad entre los hombres.

México no tiene otra esperanza de salvación que volver a la conciencia de los verdaderos valores humanos, buscándolos no entre los que ganan riquezas y poder, sino entre los que prescinden de ellos para bien de sus semejantes. La fuerza de México necesita fundarse en lo moral. Todos los grandes problemas que presenta nuestra nación son insolubles, si no se les aborda desde ese punto de vista.

Yo aprovecho la altura de esta tribuna que me brinda la sabia Institución que me ha hecho el honor de acogerme en su seno, aprovecho el recuerdo de mi modesto y sabio antecesor, y aprovecho lo solemne de esta ocasión, para dar fuerza a mi palabra, de otro modo desautorizada, para hacer llegar al mayor número de mis conciudadanos la advertencia de que debemos volver a lo nuestro, a lo que nos dio una respetabilidad y una grandeza que hemos

perdido: que recobremos nuestro criterio de valores humanos. Ojala pudiera yo colocar esta advertencia tan alto que todos la vieran grabada en nuestro cielo, como en un tiempo vio Constantino el lábaro. No tendría yo duda alguna al asegurar al pueblo mexicano como a las huestes de aquel emperador: *In hoc signo vinces*.

Contestación al Discurso Anterior por el Señor Académico Don Alberto María Carreño

Señoras y Señores:

Colgó nuestra Academia Mexicana de la Historia negros crespones para hacer ostensible su duelo por la muerte de uno de sus preclaros miembros; pero de igual manera que en los reinos más notables de la tierra, pasado cierto tiempo de la desaparición de un soberano, los rostros, antes tristes, muéstrense ahora regocijados, calles y plazas engalanadas, templos y palacios luciendo sus más ricas joyas, cuando el sucesor de aquél va a ser coronado, nuestra corporación vístese con sus mejores galas para recibir al nuevo vástago que ha de ayudarla a prolongar su propia existencia.

Murió un distinguido filólogo e historiador, don Miguel Salinas, y hoy lo sustituye en la Academia un no menos distinguido historiador y jurisperito, don Toribio Esquivel Obregón. He ahí por qué el luto de ayer se convierte en el regocijo de hoy.

La vida humana es renovación perenne; mueren unas semillas, pero de su misma muerte nace la planta que, a su turno, ha de proporcionar otras semillas. Mueren los padres; pero los hijos, al engendrar nuevos seres, tórnanse a su vez en padres; y de estas renovaciones sucesivas surgen y se mantienen y perduran las familias.

Así ocurre en esta Corporación: que, para acoger nuevos miembros en su seno, ha de sentir la pena de perder otros; mas por medio de estas sucesiones se conserva intacto el amor al estudio de las cosas que fueron; el afán de impedir que malvados se revistan con ropajes de gloria; el anhelo de limpiar de manchas a quienes la envidia o la malevolencia salpicaron con lodo; el ansia en fin, de aplicar a los hombres y sus actos o que en justicia les corresponde, recordando que la misión de la diosa de los ojos vendados es: "*Suum Cuique Tribuere*".

Y en verdad resulta inútil pretender la justificación de la Academia al poner sus ojos en quien hoy entra con pie firme para tomar asiento con los demás miembros del Instituto. Basta haber oído el brillante discurso en que el Lic. Toribio Esquivel Obregón ha hecho el elogio de su antecesor, y ha encomiado la desinteresada labor del misionero católico, que fue el más insigne protector

del indio, para ver que en pocos casos quizá la Academia ha procedido con igual acierto. Con razón, pues, la corporación está hoy de fiesta.

Nacido el nuevo Académico en la ciudad de León, Guanajuato, a 5 de septiembre de 1864, inicia sus estudios en la Escuela de Instrucción secundaria de aquella Ciudad; pero en 1885 viene a México; se inscribe en la Escuela Nacional de Jurisprudencia; entra a formar parte del Liceo Mexicano, que durante ese año precisamente aparece en la vida literaria del país; y bebe las primeras aguas que han de fecundar la vigorosa planta de su inteligencia, en aquella fuente de espirituales rebeldías, pero también de poesía, y de inspiración, que se llamó Ignacio M. Altamirano.

Mas, hecho singular los halagos de la "Ciudad de los Palacios" que dijera Humboldt; "de los palacios y templos confiscados", que comentara alguien más tarde, no logra retenerlo; y entre aquel año y el de 1886, estudia en León y sólo viene a nuestra Escuela de Jurisprudencia para examinarse en 1887 de tercero, cuarto y quinto años de leyes; a mediados de 1888, del sexto, y en septiembre del propio año recibe el ambicionado título de Abogado.

Pero tampoco entonces lo retiene México; y se explica el hecho, si se advierte que ya desde 1887 era Subdirector de la Escuela Secundaria de León, y en ella profesaba Raíces Griegas; ahora, abogado ya, va a profesar Filosofía también.

La Capital de la República lo pierde de vista; se consagra de lleno al ejercicio del juriconsulto en su "patria chica" y comienza a dedicarse a una ciencia que si más se conociera y debidamente se aplicaran sus principios, muchos males se evitarían a la humanidad: la Económica o Economía Política.

Y un comentario a la reforma de la ley monetaria, primero; y una crítica a la pluralidad bancaria después, lo ponen de nuevo a la luz pública en esta capital; y los bríos con que en materia económica se lanza a la palestra son tales, que acaban por llevarlo algunos años después a ocupar el alto puesto de Secretario de Hacienda y Crédito Público.

Las agitaciones políticas de nuestro país lo mueven a radicarse temporalmente en Nueva York; pero ello le da ocasión de llegar a la madurez en el Profesorado, puesto que enseña Derecho Comercial Latino Americano en dos de las tres grandes Universidades de aquella ciudad "Columbia" y "Nueva York", recibiendo la satisfacción de que el texto que escribe para dar ese curso y que intitula "Latin American Commercial Law," sea adoptado por ambas universidades.¹

Al regresar a su patria, definitivamente se establece en la capital de la República; y como el Magisterio arrastra con fuerza irresistible al que durante algún tiempo lo ejerció, para que no lo abandone jamás, va a formar parte de nuestra Escuela Libre de Derecho, que ha contado con tan ilustres

¹ Publicado por The Banks Law Publishing Co., de Nueva York. — Profesó en la de Columbia de 1915 a 1920 y en la de Nueva York de 1915 a 1923.

hombres de ciencia en su Profesorado; y toma a su cuidado, primero la Cátedra de Ciencia Política (1932-1934) y después la de Historia del Derecho Mexicano, historia que le ha merecido, quizás, el mejor de sus amores en materia científica.

Su carrera de jurisconsulto halla el coronamiento al impartir sus conocimientos en la Facultad de Derecho de nuestra Universidad; al ser llamado a presidir nuestra Academia de Jurisprudencia y Legislación, y al ser designado miembro de los institutos similares de Madrid y de Bogotá, así como de nuestra Barra y de nuestro respetabilísimo Colegio de Abogados.

Pero si no he de abusar del tiempo que se concede para expresar esta bienvenida, y no he de poder analizar la obra del político, ni la del jurista, ni la del maestro, séame permitido asomarme, siquiera por un momento a la personalidad del historiador.

En sus días mozos lo atraen ¡qué explicable! dos pueblos que fueron grandes artistas, más también maestros en la Política y en la Legislación: Grecia y Roma; y escribe sendos libros didácticos para exponer la historia de Grecia y la historia de Roma.

De allí en adelante su obra entera se encamina preferentemente a investigar el pasado; mas no con fines que pudieran llamarse sólo arqueológicos, sino con propósitos de reconstrucción y aprovechando las lecciones de los acontecimientos de ayer; no impulsado por odios como los que suelen mostrar espíritus pequeños a quienes causa animadversión lo grande, o a quienes el brillo de la luz hace que cierren los ojos para no verla; no aguijoneado por sectarismos que niegan la verdad más firme, si ella no va de acuerdo con sus conveniencias, quizá más que con sus convicciones.

Y de toda su obra de historiador, es claro que se destaca de modo especial la que con modestia intituló "Apuntes para la Historia del Derecho en México", y de la que está imprimiéndose el tercer grueso volumen; quizá deba mencionarse como la que ha de irle a la zaga, la hermosa biografía de aquel otro ilustre jurisconsulto nuestro, del siglo XVIII: don Francisco Javier Gamboa.

Volvamos de nuevo a su brillante trabajo de presentación:

Hay un aserto en el discurso del nuevo Académico por extremo interesante, el que "es la filología la parte más científica, más profunda de la Historia y la que ha prestado servicios más positivos".

Porque, en efecto, si es el lenguaje hablado o escrito la manifestación más alta del entendimiento humano; la que eleva al hombre sobre los demás seres, reconstruir la Historia siguiendo o buscando los orígenes de las palabras por los diversos hombres empleadas, nos permite asomarnos a sus

aspiraciones más altas y aun a sus pasiones más bajas; así como también a sus vicisitudes, a sus hechos prósperos y adversos.

No de otro modo el filólogo ha encontrado los eslabones de la bien larga cadena de pueblos a los que se juzga de un mismo origen étnico, aun por aquéllos que no aceptan que todo el linaje humano haya tenido nacimiento de sola una pareja primitiva.

Pero el Lic. Esquivel Obregón analiza la liga del filólogo con el historiador, para presentarnos con admirables pinceladas el retrato intelectual y moral del Maestro Miguel Salinas.

¿Quién que lo conoció no ve inmediatamente a aquel hombre tan macizo de cuerpo, como de espíritu; bondadosa, pero firme la expresión del rostro; plácida pero inquisitiva la mirada; tranquila, pero imperiosa la voz. El filólogo y el historiador fué el tipo acabado de maestro, que por modelo debieran tomar los maestros todos ya que muchos suelen olvidar que la misión de quien ocupa una cátedra, no es sólo poseer el dominio de aquellas disciplinas que han de transmitir a los discípulos, sino moldear las inteligencias de éstos en tal modo, que se establezca entre alumnos y maestro un verdadero arcaduz por donde aquél les haga llegar sus conocimientos, haciéndoles amar el estudio, y la investigación personal, que han de completar la obra docente.

Mas el meollo del discurso del Lic. Esquivel Obregón, cumplido el deber de recordar a su antecesor, es digno de espacialísima mención, porque abarca dos fines principales: primero, poner de resalto, como ya se dijo, la obra del misionero católico que no sintió desmayos ante la tarea de beneficiar a los nativos que habitaban la parte de este continente conquistada por España; segundo, hacer manifiesta la obra civilizadora que llevó esta misma a sus colonias.

Ha hecho labor de justicia al poner de relieve estos dos aspectos de la intervención de España en la vida del Nuevo Mundo, porque desgraciadamente la ignorancia o la malevolencia, o ambas al mismo tiempo, suelen de cuando en cuando empeñarse en proclamar que la obra de la Iglesia fue de oscurantismo, labor de fanáticos incultos, o de egoístas mezquinos; que España sólo se ocupó en acaparar las riquezas de este suelo, sin dejar en cambio otra cosa sino ignorancia y miseria espiritual y material.

Para ellos, si acaso, hay sólo un hombre notable Fr. Bartolomé de las Casas entre los misioneros; sólo un hombre respetable entre los gobernantes: el del primer virrey, don Antonio de Mendoza y en rededor de ellos y a continuación de ellos nada sino entorpecimiento de la mente; nada sino explotaciones físicas del indio y del suelo que lo vio nacer.

Y no: las cosas ciertas se hallan muy lejos de ser así.

Las tres primeras órdenes religiosas que llegaron al país: franciscanos, dominicos y agustinos, se dispersan a través del territorio conquistado por las armas, y del territorio que ellos mismos conquistaron sólo por el amor, que es caridad.

Y como bien lo dice el nuevo académico, nada los arredra, nada los detiene en su ansia de hacer el bien: ni las distancias, ni las privaciones, ni los climas, ni el temor de que sus vidas sean sacrificadas.

Mas preguntad —sea un ejemplo ¿quién fue Fr. Andrés de Olmos? Y, si acaso, os responderán que fue un fraile que vino con el Obispo Zumárraga; y que algo escribió sobre lenguas indígenas, pero se calla o se ignora que metióse entre los indios, los de la Huasteca especialmente; y que para mejor ayudarlos, aprende las lenguas mexicana, totonaca, tepehua y huasteca, "andando siempre a pie por montañas y sierras fragosísimas y por valles, barrancas y honduras, de calores insufribles, sin ningún género de regalo todo comido de mosquitos, y por, esto su rostro como de leproso llagado .. ." ²

Y tal fue su amor por los indios, que andando el tiempo, ellos mismos le confesaron las varias veces que, a los principios, trataron de asesinarlo; ahora lo velan como amoroso padre.

Preguntad quiénes fueron Fr. Juan Calero y Fr. Antonio de Cuéllar; Fr. Juan de Padilla y Fr. Juan de la Cruz; Fr. Bernardo Cossin y Fr. Juan de Tapia; Fr. Francisco Lorenzo y Fr. Juan Cerrat; con toda probabilidad no se sabrá responder que fueron franciscanos sacrificados por los indios, mientras aquéllos intentaban atraerlos a la vida civilizada. ³

Preguntad quién fue Fr. Domingo de la Anunciación y si acaso os dirán que fue uno de los frailes "lenguas", es decir, de los que adquirieron el dominio de las lenguas nativas para que mejor fueran comprendidos por los indios; pero probablemente no podrán repetir lo que más honra al famoso dominico: la forma de altruismo verdaderamente heroico con que obró durante la peste que asoló a los indios en 1545, y de que sólo puede tenerse idea con esta relación hecha por algún cronista de aquellos días:

"Parece que Dios por sus ocultos juicios, quería despoblar de indios a esta tierra, y morían tantos y con tanta prisa, que se caían muertos por las calles y por las plazas; y acontecía cogerlos la muerte tan repentinamente, que al salir de casa se les salía también el alma del cuerpo y quedaban a la puerta tendidos y esperando quien los enterrase; otros se quedaban dentro de las casas, que no había quien los sacase, porque solía la muerte acabar toda una casa de manera que no dejaba persona, viva. Hacíanse unas fosas grandes en los cementerios de las iglesias donde enterraban juntos ochenta cuerpos de indios, algunas veces cien. Y agrega el cronista: "en esta ocasión mostraban

² Fr. Gerónimo de Mendieta. *Historia Eclesiástica Indiana*, p. 643.

³ Op. cit. pp. 735-768.

los religiosos la verdadera caridad que tenían para con Dios y con sus prójimos, y ofreciendo su salud y su vida por ellos, los visitaban y regalaban por sus barrios y viviendas, los confesaban y administraban los santos sacramentos, y daban todo regalo que podían a los hambrientos, y hacían llevar a sepultar los cuerpos de los difuntos; mas quien se adelantaba entre todos, era el bendito padre fray Domingo, que a todas horas y en todos tiempos, andaba de casa en casa consolando a los unos y ayudando a morir los otros..."⁴

¡Qué pocos de los que atacan a los frailes estarían dispuestos a realizar lo que aquéllos ejecutaron!

Pero no sólo exponían sus vidas los misioneros a las flechas de los indios o a las pestilencias naturales; que se entregaban a otros elementos en donde también los acechaba la muerte para cubrirlos con su manto.

¿Quién ha escuchado los nombres de los dominicos Fr. Gerónimo de Ciudad Rodrigo, de Fr. Dionisio Bertadillo, de Fr. Alonso de Villafante, de Fr. Miguel Duarte, de Fr. Martín de la Fuente, de Fr. Francisco de Quesada, de Fr. Felipe del Castillo, de Fr. Pedro de los Reyes, del Diácono Fr. Juan Carrión y del Superior de todos ellos, Fr. Agustín de la Hinojosa? Muy pocos, muy pocos; acaso nadie que no haya hojeado en los últimos días a otro célebre cronista, Remesal.

Y bien, aquel grupo de frailes después de haber abandonado las playas de Campeche en debilísima barquilla para poder llegar a tierras de Chiapas, internándose por Tabasco, son cogidos por fiera tempestad; la embarcación se vuelve juguete de las olas, y aquellos soldados de Cristo perecen sin auxilio y sin remedio. De aquel grupo de frailes sólo Fr. Francisco de Quesada logra escapar la vida, no sólo para continuar en sus tareas evangélicas, sino para hacer relato de cómo habían perecido sus compañeros.

Preguntad ahora quiénes fueron los agustinos Fr. Diego de Chávez y Fr. Pedro Suárez de Escobar; y a quien lo preguntéis, levantará los hombros queriendo fingir desprecio, cuando tal movimiento ocultará tan sólo ignorancia de que en tanto que el P. Suárez de Escobar se internaba en las cálidas tierras surianas para servir de amparo espiritual y material a los recién conquistados y, como Fr. Francisco Tembleque, proyectaba y construía el acueducto que dio agua a Chilapa, Fr. Diego de Chávez no conforme con su obra de evangelización, también se consagró a la ingeniería hidráulica; y al formar la artificial laguna de **Yuririapúndaro**, hizo de aquella porción del hoy Estado de Guanajuato, una de las regiones más fértiles de nuestra patria.

Pero ¿son estos cuantos misioneros los que pueden presentarse como representativos de las misiones en el siglo XVI? Absurdo pensarlo, y más absurdo el decirlo.

⁴ Fr. Alonso Franco. *Historia de la Provincia de México*. p. 19.

Los misioneros se multiplican y al distribuirse por todos los ámbitos conquistados, no se limitan a fanatizar indios según algunos pretenden; sino que procuran, como aquellos mismos afirman, "ponerlos en policía"; queriendo con esto significar que los enseñan a constituir sociedades cívicas dentro de las cuales, imitando la manera social de vivir de los mismos frailes, puedan democráticamente escoger de entre ellos quienes deban gobernarlos.

Y mientras los indios viven al amparo de sus abnegados directores, los nuevos poblados se asientan y crecen y mejoran; pero regresan a la barbarie, remontados en la montaña, perdidos en los bosques, de modo igual que antes de que interviniera el misionero, si contra éste se rebelan aun lo sacrifican, arrancándole la vida, cuando en aquéllos vence lo que todo hombre lleva en sí de fiera, y los mueve a oponerse a la vida de orden y de trabajo.

No faltan quienes aceptan que, es verdad que el misionero en el siglo XVI resulta digno de loa; pero afirman que a partir del XVII se apoltrona, busca sólo su comodidad, como que ha construido ya ricos templos y amplios conventos donde darse vida regalada.

Quienes tal dicen, si obran de buena fe, se engañan por ignorancia; por perfidia lo afirman quienes conocen que la verdad es otra y es otra, porque puede haber frailes que, violando las reglas de sus respectivas órdenes, fueran menos austeros, o se preocuparan menos del bienestar del indio; acaso esto ocurrió aun entre algunos de los que misionaron en el siglo XVI, pues no eran ángeles, eran hombres como nosotros pero los frailes dignos de censura fueron la excepción, la excepción imprescindible en las reglas generales.

Y bueno sería analizar la conducta de los críticos; que acaso habría de hallarse al fraile, considerado por ellos como lleno de faltas y defectos, níveo de alma y limpio de cuerpo, al comparar sus imperfecciones con las negruras espirituales y con las inmundicias materiales de sus detractores.

Debe afirmarse todavía más; ya en el siglo XVII no están siquiera solas en el Nuevo Mundo las tres primeras órdenes misioneras. A su esfuerzo se une el de los hijos de San Ignacio de Loyola, de los hijos de San Alberto, de los hijos de Bernardino Álvarez, el fundador de los "Hipólitos" a quienes seguirán después los de San Juan de Dios.

Los primeros, es cierto, entréganse tal vez de preferencia a fomentar la cultura, en las ciudades, pero no se limitan a esto: se internan en el Noroeste de la Nueva España; y si Kino y Salvatierra son especialmente conocidos —como el franciscano Junípero Serra— porque, para vergüenza nuestra, son los angloamericanos quienes les han tributado grandes honores a Kino y Serra y aun les han levantado monumentos, quién antes, de la aparición del libro del P. Decorme, que habrá de popularizar la obra de los misioneros jesuitas, sabía del martirio de los PP. Antonio Jácome Basile y Juan Ortiz de Foronda,

Manuel Sánchez y Francisco Javier Saeta ⁵, Tomás Tello y Enrique Rowen, para mencionar sólo algunos de los sacrificados en los siglos XVII y XVIII ?

Los Carmelitas poco dejaron escrito, y menos publicado de lo que fue la obra de sus misioneros a partir del año de 1586 en que tomaron posesión de la doctrina de San Sebastián en esta Ciudad. Pero si no legaron memorias escritas, si admirables monumentos arquitectónicos diseminados en distintos lugares de nuestro país; y pocos saben, que varios de los que hoy se admiran cerca de esta Capital y lejos de ella, fueron trabajos de un fraile carmelita: Fr. Andrés de San Miguel, que no sólo "dirigió cuantas se hicieron en la Provincia de San Alberto, sino que fue el consultor universal de todo el Reino en los ramos de arquitectura; mecánica e hidráulica", según nos refiere su biógrafo, el famoso Canónigo Beristáin y Sousa. Fue aquel fraile carmelita, uno de los hombres de ciencia del siglo XVII que se ocuparon en el estudio del problema trascendental del desagüe del Valle de México.

Y si se quiere rehacer el estudio geográfico de nuestra Patria como fue antes de 1848 y aun de nuestra Patria hoy cercenada, hay que acudir a las noticias escritas por los misioneros, que no se limitan a ir esparciendo la semilla del cristianismo por donde van pasando, sino que acumulan datos y noticias que por desgracia no siempre hemos sabido aprovechar. Ahí están en nuestro Archivo General, esperando que haya quienes se dignen pasar los ojos sobre esa documentación amarillenta ya, pero que muestra la mano firme del franciscano, del dominico, del agustino, del carmelita o del jesuita; no solamente para patentizar que los siglos XVII y XVIII fueron testigos de la obra admirable de civilización realizada por las órdenes religiosas, sino también para exponer la ignorancia o la mala fe de quienes pretenden que el fraile no hizo sino embrutecer al indio.

No podría llamarse propiamente de misioneros, la institución religiosa que el joven turbulento, pero después caritativo y de veras cristiano Bernardino Álvarez, constituye en México a mediados del siglo XVI, y la que establece en España San Juan de Dios y que viene a trabajar aquí en los principios del siglo XVII. Pero si los misioneros cuidan de modo principal de la salud del alma, atienden éstos a la de la mente y a la del cuerpo: son los "Hipólitos" de Bernardino Álvarez hospitalarios que se entregan a cuidar de los dementes, fundando para ellos hospitales en México, en Puebla, en Oaxaca, en Jalapa, en Perote, en Acapulco, en Querétaro; y ellos y los "Juaninos" que llegan a la Nueva España en 1604, trayendo como Prelado a Fr. Cristóbal Muñoz, extienden su caridad a los desvalidos y a los ancianos y a los enfermos en los hospitales.

⁵ Antes de la publicación del P. Decome, la revista *Divulgación Histórica* publicó un interesane estudio del Sr. Prof. Eduaredo W. Villa acerca del P. Saeta, con el título *El Protomártir de la Primería Alta*. Vol. II, número 3.

Ahora bien: ¿es justo, es verídico el nuevo académico cuando pretende que España dejó en la Nueva, una elevada cultura? Bastaría recorrer la República entera de uno a otro confín, y analizar con ánimo sereno y despreocupado las obras materiales y artísticas que nos legó la Colonia, para proclamar que hubo una muy alta cultura.

Como la fe cristiana tuvo fincada su existencia con muy hondas raíces, no es de extrañar que templos y conventos nos den las más altas muestras de arquitectura y de ingeniería que independientemente de las religiosas se levantan con orgullo en esta Metrópoli, en Puebla, en Guadalajara, en Querétaro, en Oaxaca, en muchas de las capitales de los Estados y aun en muchos lugares alejados de esas capitales y de casi todo comercio humano en nuestros días acueductos, puentes, obras de irrigación, presas, están ahí como mudos testigos de la cultura colonial.

Obra de cultura indiscutible es, y se ha repetido muchas veces, el haber recogido las lenguas aborígenes que al través de los años han desaparecido, o han sufrido transformaciones tales, que no se podría hoy tener siquiera conocimiento de lo que antes fueron.

La imprenta llegó a realizar obras tan bellas en aquellos lejanos siglos, que nada tienen que envidiar a las que se ejecutaron en esos mismos días en la cultísima Europa. Manuel M. Ponce y el Prof. Jesús Estrada han descubierto notables pruebas del alto grado de perfección que alcanzó la Música en la Nueva España:

Y si desviamos nuestros pasos para ver otras obras de la inteligencia, encontramos al Canónigo Francisco Rodríguez Santos fundando uno de los más importantes centros de estudio que, en rigor, hoy mismo ambicionaríamos tener; y el de San Pedro y San Pablo y el de San Gregorio que se concentraron más tarde en el San Ildefonso, y el Colegio de Cristo, y el de San Ramón, y el de las Vizcaínas. Finalmente allí está la Universidad, cuyo archivo por suerte se conserva hasta hoy, y que la vida entera de un hombre no alcanzaría para escudriñarlo debidamente, a fin de poner de manifiesto el valor de aquel centro de cultura y de educación.

Sin embargo por allí andan libros sectarios, que no históricos, en que de modo especial se denigra a México ante pueblos diversos del nuestro, al afirmar que toda esa cultura fue sólo exteriorización de fanatismo, de embrutecimiento intelectual lo mismo para el español que para el criollo, que para el indio.

Cabe, sin embargo, preguntar obra de fanatismo la de Fr. Alonso de la Veracruz que funda y sostiene la primera biblioteca que existió quizás en todo el continente? ⁶ Obra de fanatismo la del cosmógrafo Fr. Andrés de

⁶ Datos hallados por mí con posterioridad, me obligan a declarar a don Fray Juan de Zumárraga, como anterior en tal creación. Véase mi estudio *La Primera Biblioteca del Continente Americano.—Divulgación Histórica*, Vol. IV, núm. 8.

Urdaneta que piloteó las naves que desde aquí llegan por la primera vez a las Islas Filipinas? Obra de fanatismo la enseñanza de *Instituta* por el Dr. Bartolomé de Frías y Albornoz, la de Código por el Dr. Damián Sedeño y la de Humanidades por el Dr. Cervantes de Salazar? Obra de fanatismo la de los médicos Damián de Torres, Juan Velázquez de Avila y Pedro López, quien se convirtiera más tarde en uno de los grandes benefactores que tuvo la Nueva España mediante la fundación de hospitales? ¿Obra de fanatismo las lecciones de Anatomía y de Cirugía de los Dres. Juan Correa, Andrés Martínez de Villaviciosa y Fr. Diego de los Ríos? ¿Obra de fanatismo las lecciones que dan en la Universidad Fr. Pedro de Rosas, y los Bachilleres Bernardo de Vargas, y Antonio de Tovar Moctezuma en las lenguas mexicana y otomí?

No hay que olvidar que hasta el 8 de noviembre de 1668 se habían graduado en la Universidad a partir de su fundación en 1551, 11,683 Bachilleres en todas las facultades; facultades que en igual periodo, habían sido servidas por 392 Doctores, sin contar los incorporados que pasaban de 90.

En el año de 1668 existían las cátedras de Código, de Medicina, de Cirugía, de Astrología, independientemente de las que no habrán de mencionarse para no causar escrúpulos a quienes condenan ciertos fanatismos, exhibiendo fanatismos peores: esto es, Teología, Sagrada Escritura, Cánones, Filosofía.

En el prólogo puesto por el Rector Vicente López a la segunda edición de las Constituciones de la Real y Pontificia Universidad de México en 1775, aparece que el número de Bachilleres graduados hasta entonces se elevaba a 29,882 en todas facultades y habían recibido sus grados 1,162 Doctores y Maestros.

No puede con justicia, pues, sostenerse la falsedad de que España únicamente trajo a sus colonias ignorancia y fanatismo, porque al hacer el examen de otros pueblos conquistados, el Perú, por ejemplo, se encontrarán datos sin duda semejantes, si no superiores.

En consecuencia, obra rectamente el Lic. don Toribio Esquivel Obregón al refutar la calumnia, y al poner de manifiesto que la de España fue, sin disputa, obra de cultura, de acuerdo, es natural, con su tiempo y con las ideas que entonces privaban no sólo en España sino en los centros más cultos del mundo.

* * *

Bienvenido seáis, pues, respetable colega, para formar parte del modesto grupo de hombres de estudio que constituye en nuestra Patria la *Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Española*: vuestros merecimientos como

hombre de estudio, en esencial de la historia de nuestros mayores; como expositor sin escrúpulo y sin vanos temores de lo que conceptuáis la verdad, nos aseguran que habréis de traer nuevas actividades y nuevos bríos a nuestras tareas. Seréis de hoy en adelante un factor de inestimable valía para la renovación perenne, y que debemos desear no tenga término, de este bien amado instituto nuestro.⁷

⁷ Este pequeño trabajo apareció en un folleto en el cual, por desgracia, se suprimieron las notas y algunas cifras están equivocadas. A. M. C.